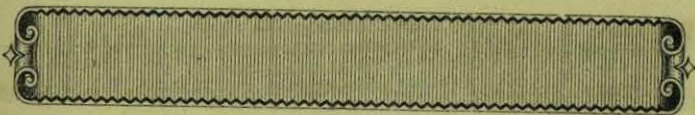


Concediéronle lo que pedía, y tomando al punto su Breviario y su sombrero, se fué para Izamal, yendo á pie, vestido como siempre de un pobre hábito de paño tosco y con sandalias de cuero en los piés; acompañándole en el viaje el Reverendo Padre Fray Manuel Martínez Barroja, quien en seguida volvió á la Mejorada.

Nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez y Castellanos hizo cerca de un año la vida de anacoreta en los "Remedios," en cuya iglesia el culto divino floreció como jamás se había visto en tan pobre lugar; los vicios se extinguieron, y la virtud se ostentaba triunfante en la generalidad de aquellos dichosos moradores, deseando todos que de aquel arrabal nunca se separara aquel Santo ermitaño, que había hecho cambiar la faz de aquella parte de la ciudad. Sin embargo, y aun por lo mismo, más útil había de ser la influencia del *Venerable Padre Lector* (como ya todos le llamaban), en mayor esfera, que no en aquel reducido departamento de la población, y Dios que disponía en esto, hizo de modo, que la ciudad entera, y aun los pueblos circunvecinos, participaran de la benéfica influencia del anacoreta.

por la muerte del citado Sr. Estévez, fué el V. P. Fr. Manuel Martínez y Castellanos, á quien por su parte el Sr. Meneses (que no había sido incluido por el Cabildo entre los postulados), consideraba y recomendaba como el más digno entre todos, sin duda por ser el que por sus incuestionables y relevantes prendas de gran ciencia y ejemplar santidad, podía con más segura ventaja ser opuesto al ilustre émulo del mismo Sr. Meneses, y que lo era el Sr. Dr. D. José María Guerra, quien como es sabido, fué el preconizado y consagrado, como no menos digno por sus grandes virtudes sacerdotales, preclaro talento, don de palabra y de gobierno.

El Sr. Dr. D. Justo Sierra, en la *Noticia biográfica* que del Sr. Meneses escribió y puede verse en nuestro *REPERTORIO PINTORESCO*, pág. 375, dá á entender que sólo tres yucatecos de nacimiento fueron propuestos para la Mitra, que fueron los Sres. D. Angel Alonso y Pantiga, Dean de la Catedral de Puebla, D. José María Guerra, Arceadeán de la de Mérida, y un Padre franciscano que no recordaba si había sido el R. P. Fr. Laureano Loria ú otro. Por lo visto, fué en realidad nuestro Venerable P. Fr. Manuel Martínez, cuya figura sobresalía entre todos los pocos monjes yucatecos que entonces existían.



CAPITULO X.

EL APOSTOL DE IZAMAL.

SI bien la Parroquia de Izamal había dejado de pertenecer, como todas las demás, á los franciscanos, había subsistido en ella, en cuanto era posible, la asociación de la Cuerda de S. Francisco, ó Tercera Orden de Penitencia, para la sociedad laica de ambos sexos, de que había una organización perfecta conforme á la regla especial, y con un Padre de la Orden al frente con el título de Comisario Visitador. Habiendo, pues, sucedido, como cerca de un año después de haberse establecido en los "Remedios" el Venerable Padre Lector, que falleciera en 1825 el Reverendo Padre Fray Eduardo López, que era el Comisario de dicha Tercera Orden, todas las miradas se fijaron en aquél para que fuese constituido al frente de la asociación, en que había estado supliendo desde que se enfermó de gravedad el ya finado Comisario. Como el Venerable Padre viese por una parte, que su propósito de vivir como anacoreta, no se perjudicaba pasando al centro de la ciudad, porque sería para morar en la solitaria altura

del antiguo monasterio, á que están adjuntos el templo parroquial y el de los hermanos terciarios, en que tan perfectamente quedaba aislado de la vasta población que le circundaba, poniéndose, por otra parte, en mejores condiciones para bajar á cualquiera de los puntos de la circunferencia á trabajar en el cultivo de la viña espiritual, habitando, además, á la sombra del celebrado Santuario de la Inmaculada Concepción, erigido en aquella iglesia por el inolvidable Fray Diego de Landa, verdadero fundador de Izamal en la época de la civilización cristiana, prestóse gustoso á lo que de su activo celo se requería. Ofrecióse á Dios para este método de vida, en que sin dejar de ser solitario, iba á quedar á la vista del mundo, esperando la voluntad divina para acatarla, en la disposición de sus Superiores.

Pronto llegó esta disposición en el mismo año de 1825, despachada en forma de título ó patente por el Prelado Guardián de la Mejorada. "Por cuanto es necesario, decían las letras patentes, que haya un Religioso de toda satisfacción, virtud, religión y letras que haga oficio de Comisario Visitador del Orden Tercero de Penitencia de la Parroquia de Izamal, que asista á los hermanos de dicho Tercero Orden, ejercitándolos en la virtud y cumplimiento de sus obligaciones, advirtiéndoles las que son para su mejor observancia. Y confiando de la persona del Muy Reverendo Padre Fray Manuel Martínez y Castellanos, Lector de Filosofía y Teología, Ex-Guardián de este Convento Recoleta del Tránsito de la Madre de Dios de la Mejorada y actual encargado de la Ermita de los "Remedios" de Izamal, ser muy á propósito para dicho oficio. En virtud de las presentes, firmadas de nuestra mano y nombre, selladas con el sello mayor de nuestro oficio y refrendadas de nuestro Secretario, le nombramos y señalamos por tal Comisario Visitador de dicho Tercero Orden de la Parroquia de Izamal, para lo cual le concedemos y comunicamos nuestra autoridad, cuanto de de-

recho se requiera según y como á los dichos Comisarios se debe conceder, procediendo en esto con el conocimiento y competente autorización del Illmo. y Digno. Sr. Obispo de esta Diócesis de Yucatán y Tabasco, por cuanto en la actual situación de este Convento, y extinguida como está la Provincia Seráfica de San José de Yucatán, tenemos por Superior al mismo Illmo. y Digno. Obispo Diocesano. Y para que el mérito de nuestro dicho Comisario Visitador de Izamal sea mayor en el ejercicio de su oficio, le imponemos el de la santa obediencia. Son dadas, etc."

Este nombramiento era la voz de Dios esperada por nuestro ermitaño de los "Remedios," quien luego al punto que le recibió, pasó á la soledad del antiguo monasterio de S. Antonio de Padua, fijando su habitación en la celda contigua á la iglesia de la Tercera Orden, haciéndose así, como franciscano, el único morador de aquel vasto convento de su propia Orden, en el cual no se veía de sus antiguos moradores más que los sepulcros, ó el recuerdo de haber pasado á otros lugares.

A contar de aquel año (1825), el Venerable Padre Lector era á la vez que anacoreta, el apóstol de la ciudad, pues no sólo trabajó con el afán, abnegación y celo de un santo en su encargo de Comisario Visitador de terciarios, sino algunas veces también como Teniente de cura, siendo el primero en todas las tareas parroquiales.

Predicaba todos los domingos y días festivos en su dicha iglesia de la Tercera Orden, visitaba á los enfermos y menesterosos, administraba los Sacramentos donde quiera que para ello fuera llamado, y sin reparar en la distancia de los lugares, ni en el fuego del sol tropical, ni en el rigor de las estaciones de frío y humedad, ni en la oscuridad de la noche, ni en la lluvia, sino que antes bien, se gozaba en las ocasiones más difíciles y trabajosas por el sacrificio más grato que á Dios hacía, buscando á las almas, sirviendo á los pobres, consolando á los afligidos, y preparando

con celestial unción á los moribundos, á comparecer con más fe y tranquila confianza en los horizontes de la eternidad.

Sentábase en el confesonario para oír á los penitentes que, oyéndole á él continuamente en su predicación evangélica, se sentían movidos y atraídos á reconciliarse con el Señor, ó á mantener siempre encendida la llama de la devoción; empleando en esta santa y mortificante labor muchas horas de la mañana, de la tarde y de la noche, y por regla ordinaria, en todas las épocas del año, sin interrupción alguna; pero más principalmente en el Adviento y en la Cuaresma. No faltaba á ella, aun estando enfermo de flucción al rostro y dolores de muela de que vivió casi siempre cruelísimamente atormentado, á no ser en alguna más grave enfermedad, que absolutamente le impidiese sus cotidianas tareas.

Catedrático ó Lector como era, ocupábase también en dar clases de gramática latina y de teología á sus discípulos, de entre los cuales muchos salieron tan aprovechados, que unos recibieron los sagrados órdenes, y otros se distinguieron en la sociedad civil como hombres muy apreciables por su ilustración, y aun profesores á su vez, existiendo hasta hoy algunos que fueron no solo testigos de esto, sino aún también discípulos, ó favorecidos de algún modo especial, por aquel Venerable Padre. Discípulos suyos fueron los Presbíteros D. Enrique Briseño, D. Laureano Bello, D. Pedro Antonio Diaz, D. José Dolores Zozaña, D. Joaquín Navedo, D. José M.^a y D. Nicolás Castellanos, D. Javier Canto, D. Andrés Avila y otros. Discípulos suyos fueron ó familiares, D. Manuel Jesús Canto que tan útil fué, hasta su sensible muerte, como profesor de instrucción secundaria, D. José Antonio Diaz, D. Yanuario López y otros que no es posible recordar.

Comisario Visitador como era de los terciarios, á cuyo orden correspondía casi la totalidad de los moradores de Izamal, así del uno como del otro sexo, la consecuen-

cia venía á ser conforme á la regla, que el Venerable Padre Lector era el guardián tutelar, el verdadero apóstol de toda la ciudad, pues su ojo vigilante, junto con su elevado genio y su noble corazón lleno de caridad, seguía paso á paso á todos como á tiernos y queridos hijos, para reprender el vicio, para estimular la virtud, para aconsejar y dirigir según las circunstancias, y para remediar ó aliviar todos los males sean físicos ó morales. Y todo esto con tal dulzura, con suavidad tan generosa y delicada, que él venía al mismo tiempo á ser sinceramente amado, venerado y temido. ¡Prodigios eran de la verdadera caridad, cuyo fuego ardía en el corazón del Venerable Padre, siendo así su mejor retrato, el que de la misma caridad hace S. Pablo cuando dice: "La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal; no se goza de la iniquidad sino de la verdad. Todo lo sobrelleva, cree todo el bien que oye de otros; todo lo espera, todo lo sufre." (Corint. I. 13.)

Buscar á los pecadores para encaminarlos y convertirlos, era todo su empeño, siguiendo las huellas y los preceptos de nuestro Señor Jesucristo. Atendía á los enfermos de toda clase y condición, fuesen ricos ó pobres: y mientras más miserables eran, con más tierna solicitud lo hacía, y aunque fuese en cualquiera de los más remotos confines de la ciudad, ó fuera de ella. En casos de extrema pobreza, tomaba de su cuenta (siendo él mismo tan pobre) no solo los cuidados espirituales, sino aun materiales del desvalido enfermo, pues él daba, en tales casos, los auxilios pecuniarios para las medicinas y para los alimentos, y excitaba la caridad de otras personas para que la ejercitaran en favor del necesitado. Si el enfermo se agravaba ó aproximaba á la agonía, permanecía á su lado hasta noches enteras, yendo á sentarse á ratos en algún lugar separado, para acudir más fácilmente á ofrecer

al moribundo los inefables consuelos de la religión, lo cual, volvemos á decir, practicaba con toda clase de enfermos, esto es, fuesen de familias pobres ó acomodadas.

En cuanto á sus pobres fondos, no contaba más que con las limosnas de las misas, y un miserable honorario que no llegaba á diez pesos mensuales, por su encargo de Comisario Visitador, y algunas veces la mensualidad de diez pesos y algunos emolumentos, cuando ejercía el encargo de Teniente de Cura de la Parroquia, lo cual, si no era siempre, no por eso sus labores dejaban siempre de ser las mismas y de un modo continuo. De este pequenísimo caudal, único de que podía disponer el Venerable Padre, hacía tres divisiones: una para pagar su asistencia de alimentación y demás pobres gastos personales, rigurosamente reducidos á lo muy estrictamente preciso; otra para emplear en el culto divino en la iglesia de su cargo, cuyas funciones, por esto, y por los auxilios que de buena voluntad le daban, eran decentísimas y solemnes; y otra, en fin, para distribuir á los pobres, mucho más si eran hermanos terciarios de la Orden. Así, jamás tenía dinero guardado de reserva, no se preocupaba de él y ni lo contaba al recibirlo.

Fuera de la práctica, antes referida, de beneficiar con limosnas en numerario á los enfermos pobres y desvalidos, observaba también esta otra: hacía comprar en el comercio telas ó lienzo á propósito para el vestido de gentes pobres, y haciéndolos dividir en cortes completos de vestidos, se separaban éstos, uno por uno, perfectamente atados, de modo que, puestos en una caja, él sacaba en las oportunidades uno ó más atados para favorecer á las personas necesitadas. Eran principalmente objeto de su mayor atención, las viudas pobres, los hombres ancianos ó inútiles, las personas vergonzantes y las jóvenes doncellas, que no raras veces la pobreza pone en las más peligrosas circunstancias de perderse, si no acude una mano piadosa, que con el donativo oportuno las salvara.

Como el Divino Maestro, celaba con tal empeño la honra de la casa del Señor, que los desacatos cometidos en el templo, eran para él graves motivos para interrumpir su habitual dulzura, mostrándose con grave ceño y corazón afligido. Testigos oculares refieren: que cuando veía que algunas personas, por caracterizadas que fuesen, se ponían á conversar en la iglesia, se acercaba á ellas para reprenderlas y exhortarlas á la práctica de la debida reverencia al lugar sagrado. Vióse una ocasión, cómo habiendo entrado en el templo un desgraciado caballero en estado de embriaguez, dirigióse á él personalmente, y asiéndole por el brazo le sacó hasta el pórtico del atrio, donde para acallarle y contenerle, le azotaba con el cordón franciscano.

Se refiere que un día, una señora de las hermanas terciarias, movida de filial afecto para con el Venerable Padre, como su confesor que era, y como jefe de la asociación, llevábale, acompañada de una tierna hija, envueltas en un paño unas granadas, porque sabía que alguna vez tomaba el jugo de ellas en refresco por salud. Pero que habiendo pasado frente á la iglesia y hallándola abierta, entró en ella con su envoltorio, y saliendo luégo, continuó hasta la celda del Venerable Padre á ofrecerle el presente.

—Hermana, le dijo éste con grave acento, estimo mucho su obsequio, pero no le recibo, porque ha entrado cargado de él al templo, adonde no se debe entrar con carga alguna, sino es el del propio corazón y el de los presentes que al mismo Señor se vayan á ofrecer.

La señora se afligió, y hubo de regresar á su casa con las granadas. Sin embargo, debemos advertir aquí, que el objeto del Venerable Padre Lector, no fué precisamente porque hubiese habido alguna falta digna de tan severa reprensión, pues él mismo enseñaba, como todos los Padres de espíritu enseñan, que es muy grato al Señor Sacramento que sus hijos le repitan las visitas, no solo directamente, sino aun aprovechándose de cuantas ocasiones

indirectas se presenten. El verdadero objeto de la reprehensión era, en primer lugar, porque la dicha señora era de gran virtud, muy apreciada, é hija de confesión del Venerable Padre, y éste quiso probarla humillándola, y hacerla así de más aquilatada virtud, aprovechando, á la vez, aquella circunstancia, para no mostrarse blando á vista de un regalo. Y en segundo lugar, por el sexo á que aquella pertenecía, cuyas visitas y cuyos obsequios, el Venerable Padre se propuso rehuir cuanto fuera posible, buscando al efecto, razones más ó menos plausibles. La justa rigidez y austeridad de un anacoreta, que sólo quería tratar con las gentes en cuanto á ellas pudiera ser útil espiritualmente, no había de mostrar complacencia á la vista de una mujer, siquiera fuese santa, sin una necesidad justificada, cuando aun en la vida común debe observarse la misma conducta, si es que no se quiere amar un peligro en que tan fácilmente se puede perecer.

Aun cuando el Venerable Padre Lector hiciese visitas, como realmente las hacía, pues siendo como era, Comisario Visitador, debía ir á las casas de los hermanos y hermanas para estar siempre al tanto, cual celoso pastor, del estado y circunstancias de sus ovejas, recorriendo por lo mismo, casi la totalidad de las casas y familias, pues en la mayor parte de ellas no faltaba por lo menos una persona asociada en la Orden de terciarios, pero no era igual hacer él las visitas á recibirlas en su monástica celda, donde la circunstancia de encontrarse él casi siempre sólo, no podía tolerar la presencia de una mujer. La entrada era libre ciertamente, así porque la comunidad de franciscanos ya no existía, como porque la celda del Venerable Padre se hallaba situada junto á la iglesia, y por consiguiente, en la parte del atrio y pórtico exterior, en que se recibe á todos los feligreses; mas él guardaba la regla, en cuanto era posible, y por eso se tenía impuestas ciertas máximas severas que jamás quebrantó.

No se restringía el celo y caridad del Venerable Lec-

tor á sólo el recinto de la ciudad y de sus dependencias, sino que acudía aun á considerables distancias en otras poblaciones en que alguna persona clamaba por él, ó pedía el Escapulario y la Cuerda de San Francisco. Sobre esto, citaremos como ejemplo, el haber tenido que ir á Sotuta, á preparar á bien morir á un enfermo, que deseaba espirar perteneciendo al número de los hermanos de la Tercera Orden, habiendo tenido que hacer el viaje á caballo para llegar presto, pues cuando la necesidad no urgía, él viajaba regularmente á pié.

Hubiera querido recorrer toda la Península y aun el mundo entero, buscando para Dios á las almas, pero su propósito, y la obligación de su encargo y oficio por la santa obediencia como Comisario especial, le ligaban absolutamente á la Tercera Orden de Izamal.

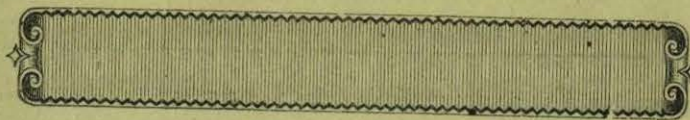
Nunca hizo un viaje por recreo. Así, desde que regresó de México y pasó á Izamal, no salió de esta ciudad sino algunas pocas veces, por los motivos de caridad ya expresados. De vez en cuando iba á Mérida por algún asunto grave, ó por motivos de obediencia, yendo y volviendo siempre á pié. Cuando á Mérida llegaba, donde era generalmente conocido y venerado, recibíanle como al santo anacoreta, que había dejado por alguna grave razón su retiro para visitar la ciudad natal, donde tantos amigos y tantos deudos tenía. Todos le amaban, y se gozaban en respirar junto á él una atmósfera celestial. El hacía oración por todos, y suplicaba que la hicieran por él. Al pasar por los puébls que hay entre las dos ciudades de Izamal y Mérida, visitaba la iglesia de cada lugar para hacer oración en presencia del Santísimo Sacramento, que era todo su consuelo, pues por esta gran devoción suya, llevaba desde su profesión, como ya sabemos, el sobrenombre *del Sacramento*. En la ciudad no pasaba frente de iglesia alguna en que hubiese Sagrario, y en que por la hora ya avanzada del día ó de la noche, estuviesen las puertas cerradas, sin que se acercase á éstas, se descubrie-

se la cabeza, y doblando allá públicamente ambas rodillas, adorase al constante objeto de su ardiente amor.

Obedeciendo á la letra el consejo evangélico, todo lo había renunciado, y consiguientemente no llevaba consigo dinero, no guardaba ni poseía caudal alguno, ni ningún objeto á que se apegase, no duplicados vestidos, ni alforjas, ni bastón, todo lo había renunciado por Dios, y Dios era en el Sacramento de su amor, su único tesoro, sirviendo como esclavo á todas las almas, por amor del mismo Dios.

Esta pasión divina le hacía emprender con entusiasmo todo cuanto podía ser útil á la gloria del Señor y al bien del prójimo; le hacía celebrar las fiestas cristianas con santa alegría, rebosando en su semblante el gozo espiritual que llenaba su corazón, no obstante las penas y aficciones, trabajos y enfermedades continuas del rostro y la dentadura que sufría. La fiesta del Divino Nacimiento del Redentor y la de su augusta y purísima Madre, el Viernes de Dolores, la fiesta del Santísimo Sacramento, las del Sagrado Corazón, Santísimo Rosario, Señor San José, San Francisco de Asís y otras, las celebraba de una manera grande y especial. En tales festividades gastaba cuanto podía en un buen coro, en magníficos altares y todo lo demás que podía contribuir al respectivo esplendor.

En fin, con la poética ternura de las almas grandes y llenas de caridad cristiana, el Venerable Padre Lector, como el Divino Maestro, dejábase rodear de los niños á quienes agasajaba con dulzura, regalaba tiernamente, enseñándoles, á la vez, por el camino de la virtud, el verdadero camino de la felicidad.



CAPITULO XI.

LOS DOS TIPOS.

POCO tiempo después de establecido el Venerable Padre Lector en el antiguo monasterio de San Antonio de Izamal, y al frente de su Tercera Orden, quiso la Divina Providencia conducir á aquella ciudad un pobre y desgraciado franciscano, del número de los que se habían secularizado, y de la clase más indigna de la benemérita Orden. El era un verdadero, aunque triste tipo, y su conocimiento nos iniciará, por eso, en el de todos los que, para su propio mal, y para el escándalo de muchos, entran sin vocación, en la vida cenovítica y sacerdotal, ó que si tienen tal vocación la traicionan vil y pérfidamente. El encuentro del ex-fraile con el Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, que representaba el noble y verdadero tipo del buen eclesiástico, del digno monje y del santo sacerdote, no debía ser casual. Ni por un momento hemos dudado que el dedo de Dios estaba allí, á fin de que en todo tiempo pueda constar en las páginas de la historia, aquel inesperado paralelo, para que los hombres rectos é imparciales

aprendan á conocer y distinguir, que no es el mal sacerdote el tipo del sacerdocio, ni el monje indigno el de las Ordenes Religiosas, como muy á menudo lastimosamente confunden muchas pobres gentes, ora llevadas de una voluntaria ignorancia, ora de un odio y malicia particular contra la Iglesia, contra el clero y contra las Ordenes monásticas.

En cierto día del año de 1825, y antes de la hora de siesta, llegó al mesón de la ciudad de Izamal, conducido sobre pobre y rústica camilla, un enfermo acompañado de un amigo. Este, sin conocimiento ni relación alguna de qué aprovecharse, salió á la ventura en solicitud de quien pudiese venderle una taza de caldo para el enfermo que se agravaba, y que había llegado de tránsito para la capital. La puerta á que llamó era de la casa de una distinguida señora, llena del espíritu de la Hermandad de la Tercera Orden, de suerte que la virtuosa terciaria acogió con bondad al peregrino, quien al punto le refirió cómo iba acompañando á un señor eclesiástico, que repentinamente acometido en el pueblo de Tunkás de una grave enfermedad (fiebre inflamatoria), iba á Mérida para que pudiera ser curado; pero que al llegar á Izamal, ya se encontraba de tal manera grave, que creía imposible la continuación del viaje. Esto bastó para que la hermana, llena de solícita caridad, tanto más diligente cuanto que se trataba de un sacerdote, se pusiese en movimiento activo. Díjole al hombre, que ella, en aquel instante, disponía para el enfermo un cuarto con cama y todo el servicio necesario. Avisó por sí misma en el acto al Venerable Padre Lector y á los Tenientes de Cura, quienes fueron en seguida á ver al enfermo, y conducirlo á la casa en que ya se le esperaba. Había en la ciudad dos regulares médicos, y ambos fueron llamados. Sin embargo, hubo de prescindirse de los alimentos y aun casi de las medicinas, por atender de preferencia el espíritu del paciente que presentaba indicios de una muerte próxima. Pero ay! aquel desgra-

ciado era más bien hijo de Belial que de Dios, era un fraile de los que se habían secularizado, y cuya vida no correspondía á la eminente santidad del estado. Celebraba sacrilegamente la misa todos los días: no acostumbraba jamás confesarse: desde que salió del convento de San Francisco para ir á servir como auxiliar de los Curas párrocos en diferentes feligresías, había dejado en la capital una desgraciada mujer, á la que llamaba con criminal impudencia su ninfa, cómplice de su vida criminal, y unas veces iba ella á verlo á él en los pueblos en que servía, y otras bajaba él á la capital á pasar á su lado algún tiempo. Cuando se hallaban juntos en Tunkás, formaban mil proyectos de felicidad mundana, y para realizarlos, ella pasó por algunas semanas á Mérida, y él quedó á comprar tierras, casas y muebles en el lugar indicado. En esto se ocupaba aquel mal fraile é indigno sacerdote, sin temor de Dios, ni pensar en la muerte, cuando súbito le acometió el mal que iba á orillarle al sepulcro. Mas oigámosle á él referirlo en los siguientes fragmentos que copiamos, sin variar nada, de la historia inédita de sus memorias, que más adelante escribió bajo el título de *Vida y hechos de N* escrita por él mismo en verso castellano y claro, por una humorada propia de su genio.* Dice así:

“Repentinamente veo,
Que en medio de mi alegría,
Vino, por desdicha mía,
A atacarme un accidente,
Que por grados, prontamente
Me fué postrando de modo,
Que á muy pocos días, todo,
Era un puro padecer.
Pronto dejé de comer,
Me sobrevino gran sed,
Blanca como la pared
La lengua se me notaba.

.....

Viéndome en tal gravedad,
Quise á Mérida largarme,
Por ver si podía curarme.

.....
Un vecino honrado quiso,
Llevarme hasta la ciudad,
Y á la mayor brevedad
Me despedí del curato,
Dejando con sentimiento
Al cura y demás amigos,
Que fueron tales testigos
De mi triste situación.
No llevé más provisión
Que el cofre y algún dinero,
Y á mi amigo compañero,
Que afectuoso me siguió,
Y en mi compañía llegó
Hasta la villa de Izamal.
Allí se agravó mi mal,
Y á la casa-real nos fuimos,
Donde afligidos nos vimos,
El de verme agonizar,
E yo á la vez por estar
En un mesón arrojado,
Sin abrigo, sin resguardo,
Y sin amparo el menor.
Dicho amigo con dolor,
Al verme así espirar,
Fué por el pueblo á comprar
Caldo con qué alimentarme.
(Ya trataba confesarme,
Y por débil no lo hacía);
Como Dios todo lo guía,
Lo metodiza y observa,
Su providencia lo lleva
A casa de una señora

Tan piadosa, que aquella hora,
Tan luego que se informó,
Un cuarto desocupó
Con la mayor exigencia,
Y les rogó con prudencia
A los Padres del lugar,
Que me fueran á buscar
Porque me quería asistir.
Apenas me vió venir
Aquella santa mujer,
Cuando me mandó poner
Almohada, colchón y cama.
Con tal piedad, tanta gana,
Que ella misma me acostó,
Y por su mano corrió
Mi alimento y asistencia.
Mandó llamar con violencia
A un practicante que había,
Y á un ex-fraile que sabía
Un tanto de medicina.

.....
El médico se asomó;
Tan luego como me vió,
Mandó se me dispusiera,
Y que muy violento fuera,
Porque presto me moría.
*Yo, á la verdad, lo sentía,
Por sólo considerar,
La congoja y el pesar
Que á mi ninfa le aguardaba;*
Pero ya en el burro estaba,
Y era preciso sufrir."

Así era como pensando más en el culpable objeto de su vergonzosa pasión, llegaba hasta el momento de morir y comparecer ante el tribunal de Dios, un cristiano,

un clérigo, un monje, un sacerdote; pero tipo del mal cristiano, del clérigo indigno, del monje apóstata, del sacerdote sacrílego. Un tipo como éste, debe ser bien conocido desde su origen, para no confundirle con el del santo y verdadero fraile, y por eso antes de proseguir, retrocedamos, y hagamos ver por medio de él mismo, que no por una santa y verdadera vocación había entrado en la vida monástica y en el estado sacerdotal, un hombre semejante, sino por un capricho como cualquiera otro, y como quien, á modo de desatentado aventurero, abraza una carrera sólo por creer, que en ella pasará la vida más alegremente que en cualquiera otra; comprobando nosotros con esto hasta la evidencia, la verdad de lo que antes hemos sentado. Hé aquí cómo refiere en el citado manuscrito de su "Vida y hechos" nuestro desgraciado ex-fraile, la manera con que, por los años de 1812, hallándose en su juventud, entró en la vida religiosa. Dice así:

"Un joven de poca edad
No repara *en niñerías*,
Y como iba los más días
A los novicios á ver,
Bastaba para tener
Ansia por el noviciado."

Más adelante, y después de referir los preliminares de su recepción y el verificativo de ella en el convento de la Mejorada, continúa así:

"Al volver de coro ví
Que listo el barbero estaba,
Y que impaciente esperaba
Mi reverenda persona,
Porque cerquillo y corona
Que me hiciera era preciso.
Después que hizo lo que quiso
De mi cabeza el maldito,

Tuve qué darle un piquito,
Porque así la costumbre era.
Me hubieran visto quisiera
Los que mi humor conocían:
No hay duda que se reirían
Al mirarme coronado,
Con el cogote rapado,
Y en calzones y chaqueta.
Mas como nada me inquieta,
A solas lo celebraba,
Y á la vez me imaginaba
Qué para pasarlo bien
En el desmán y vaivén
De aqueste mundo inconstante,
Preciso era ser farsante,
Y representar también
Las piezas que en él se ven,
Como en teatro de comedia."

No puede expresarse con más impudente y cínico descaro, las disposiciones no sólo de mundanas miras, sino de satánicas y engañosas apariencias, con que aquel hombre entró en la vida religiosa, fingiendo consiguientemente, que renunciaba al siglo y que aspiraba á la vida perfecta de absoluto desprendimiento y de evangélica abnegación. Véase cómo se explica después de su noviciado y de haber hecho la solemne profesión. Dice así:

"El veinticinco de Abril
De mil ochocientos trece,
Con el honor que merece
Tan deliciosa ocasión,
Hice, pues, mi profesión
En manos del Superior.
.....
Aquel día se acostumbraba
Pasarlo en nuestro convento,

Y el otro con gran contento
En casa del que profesa:

.....
Se festejó con decencia
En casa mi profesión.

.....
Hicieron lo que quisieron:
Varias mozas asistieron,
E yo tierno las miraba,
Porque luego me acordaba
De mis pasadas diabluras.
Entre esas bellas criaturas
A mi chiquilla encontré,
La que al instante abracé,
Y aunque corrida quedó,
Muy luego se incorporó:
Nuestros tiempos recordamos,
Y amorosos conversamos
De lo que entonces pasó.

.....
Fuí al convento con presteza,
Al que llevé la cabeza
Algo más que trastornada.

.....
Al mirar mi situación,
Unas veces me decía:
Ya logré lo que quería,
Soy fraile y puedo decir,
Que así fraile he de morir.
Y otras veces congojoso,
Ese mi intrincado gozo
Se me convertía en pesar.
.....
Y siendo lo que antes era,
¿Qué diablos he adelantado?
Era también un cuidado,

Que á veces me estremecía,
Advertir que con porfía
Un año había trabajado
Por quedar esclavizado.
Porque un fraile en consecuencia,
Atendiendo á la obediencia
Que profesa riguroso,
Con nombre de Religioso,
Es un esclavo evidente
Del primer fraile imprudente
Que por más afortunado
Le toca ser su prelado."

Veamos ahora cómo se explica con respecto al venerabilísimo y tremendo ministerio del sacerdocio. Dice así:

"E yo emprendí otro negocio;
Ser sacerdote quería,
Porque á pocos días cumplía
Edad, y quería ordenarme.

.....
Se dispuso lo preciso,
Y mi buena suerte quiso,
Me ordenase el mismo día,
Que justamente cumplía
Veinte y tres años de edad.

.....
Al día siguiente, contento
Salí á pasear con mi amigo,
Porque siempre era conmigo
En todas mis opiniones.
Vagando en mil reflexiones,
Me acordé de la mocita,
A quien hice la visita, etc."

Es manifesto, que un fraile de estas condiciones, pertenecía al número de los de la peor clase, desempeñando

en el clero el triste papel de Judas en el apostolado. La clemencia inagotable del Divino Maestro condujo sin embargo, años después, á este mismo desgraciado sacerdote, y ya ex-fraile, á la ciudad de Izamal, para que herido, como entonces se encontraba, de una gravísima enfermedad, y teniendo casi todo el cuerpo hundido en el sepulcro, se presentase ante el verdadero y digno fraile, ante el santo sacerdote, Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, para que éste lo convirtiese á Dios, y con este sólo acto, pusiese la propia mano de Dios en parangón ostensible, solemne y palpitante, á los dos tipos contrarios, para instrucción de todos.

No podía ofrecerse al Venerable Padre Lector un motivo más grave para ejercer su prudencia, su caridad y celo. Constituyóse inmediatamente al lado del moribundo cohermano, para que éste, en aquellos solemnes y rápidos instantes, hiciese todo lo que en su vida debía haber estado haciendo: todo por Dios y para Dios. Oigamos el relato del mismo paciente, quien como se verá, refiriéndose al Venerable Padre, le dá el título de "Beato y Santo Religioso" como de un tipo diverso del suyo propio, siendo esta confesión y testimonio, uno de los mejores elogios históricos que pueden hacerse de nuestro Venerable Padre. Dice, pues, aquél, así:

"Me propuse á recibir
 Los admirables portentos
 Que los santos sacramentos
 Le brindan al pecador.
 Reflexioné con dolor
 En todas mis travesuras,
 Cuyas solemnes locuras
 Detesté aquella ocasión.
 Mi general confesión
 Hice con un Fraile Beato:
 Tanto me dijo en un rato

Aquel Santo Religioso,
 Que consentí muy gustoso
 En morirme aquel momento,
 Porque mi arrepentimiento
Pasó á ser tan verdadero,
 Que del pecado grosero
 Misericordia invocaba.
 Del mundo no me acordaba
 Sino para avergonzarme,
 Porque en él *debía portarme*
 Como hijo del Salvador.
 En fin, recibí al Señor
 Contrito y arrepentido;
 Fui solemnemente unguido,
 Un Santo Cristo tomé,
 Y en su presencia lloré
 Las culpas que había tenido."

El estado del ex-fraile moribundo llegó á los términos de una crisis, é iba á decidirse la convalecencia ó la muerte. El Venerable Padre Lector esforzó su celo porque aquel mostrara deseos y resolución de recibir de nuevo el santo Hábito, renovando sus votos, con el noble fin de que si moría, compareciese ante el tribunal divino transformado en lo que realmente debía ser por su estado y por su profesión; y si convalecía, para que sirviera á Dios y á la Iglesia, edificando á las almas con una vida nueva y enteramente contraria á la que hasta entonces había llevado. Hablóle, pues, en tal sentido, y el moribundo con acento conmovedor renovó sus votos, é hizo formal promesa de tomar de nuevo el santo Hábito. Pronunció aquellas palabras en los instantes de entrar en la crisis: su voz en seguida se extinguió, y todos suspensos aguardaban los efectos de la bondad divina y de la medicación. El ataúd estaba preparado, el sepulcro abierto, las cam-

panas tocaban agonía y los sacerdotes rodeaban el lecho del moribundo.

Hasta aquí había querido el Señor conducir á aquel pecador, que podemos, y aun debemos, calificar de dichoso y feliz, porque se había convertido de veras; y porque no habiendo sido la enfermedad para matarle sino para res- taurarle espiritualmente, la crisis se decidió favorable- mente á la vida, pues el enfermo durmió tranquilo y despertó completamente curado. Oigámosle:

“Como media hora dormí,
Y al despertar ya me ví
En otro hombre transformado.”

Pero ay! entre tanto que Dios y su gran siervo el Ve- nerable Padre Lector trabajaban empeñosamente en la conversión del mal fraile, el enemigo de las almas no abandonaba su presa, y le trajo una gran tentación al con- valeciente en el mismo instante de volver, por decirlo así, á la vida. Un mal amigo, desempeñando el más triste papel, hizo trasladarse de Mérida á Izamal á la desgracia- da mujer con quien tenía relaciones ilícitas el moribundo, precisamente cuando la prudencia y la caridad previenen el alejamiento de una persona cómplice. Llegó la mujer á la ciudad en los momentos más críticos, causando un escándalo general con las extremosas demostraciones de su inconsolable y criminal aflicción. Hizo más el falso ami- go, ó más bien, ministro de Satanás, pues sabiendo lo fa- vorable de la crisis y el consiguiente restablecimiento del enfermo, fué en el acto á verle y hablarle de la presencia en Izamal de la referida mujer. El convaliente reci- bió con esto en su moral un terrible golpe; rechazó sin embargo tan vehemente tentación, y mandando darle una suma de dinero (\$50) á aquella malhadada mujer, le hizo suplicar que se dignara retirar y no pensar más en él. El estado de gracia en que se encontraba el enfermo le hizo triunfar por un momento; pero quedó bien pronto de nuevo

dispuesto á caer fácilmente, de modo que su triunfo no fué completo. Borrósele de la memoria y del corazón haber prometido abrazar de nuevo el estado religioso y vestir el santo Hábito, en tales términos, que ya los actos del cumplimiento de su promesa fueron de apariencia, só- lo por un compromiso, como ineludible en sus circunstan- cias, habiendo llegado hasta á sospechar, que el Venerable Padre Lector (que tantos y tan inefables consuelos le ha- bía hecho disfrutar en pocas horas), se hubiese valido de la ocasión, para suponerle una promesa que él no recorda- ba, y que ya más bien creía no haber hecho. ¡Qué ingratitud, suponer falto de veracidad al que ya le constaba ser verdaderamente un “Beato y Santo Religioso!” Veá- mos cómo refiere todo esto el paciente mismo, en segui- da de la enarrada tentación que sufrió. Dice así:

“Después de esa tentación,
El médico y el confesor
Vinieron con mucho amor
A darme conversación.
Atribuían la ocasión
De haberme recuperado,
Al Seráfico llagado,
A quien dije con fervor,
Según decía el confesor,
Que si salud adquiría,
Nuevamente vestía
El Hábito que dejé.
Y que al instante logré
Del Dios eterno y afable,
Una crisis favorable
Que produjo mi salud,
Y que era una ingratitud
No cumplir lo prometido,
Y más habiendo sabido
Aquel suceso el Prelado,

Por un propio que fué enviado
 A dar noticia y pedir,
 Pueda el Hábito vestir
 Siquiera después de muerto.
Yo estaba del todo incierto
Por más que reflexionaba;
 Pero ya en el caso estaba
 De hacer cuanto me decían,
 Y sólo lo que querían,
 Porque yo en aquel estado
 Estaba tan *abestado*,
 Como los que están de moda.
 La naturaleza toda
 Creí se hubiese trastornado,
 Y según había quedado,
 No aseguraba vivir.
 En fin, vine en consentir,
 Muy humilde y abatido,
 En verme otra vez vestido
 Del Hábito Regular,
 El que se fué á trabajar
 A la brevedad posible.
 Y al momento ¡cosa increíble!
 El barbero se asomó,
 Y el cerquillo me rapó,
 Sin ninguna novedad,
 Porque de mi enfermedad
 El médico respondía,
 Porque así me lo decía,
 E yo así lo quise creer
 A la fuerza y al poder.

 Cuando menos lo pensé,

 Con el Hábito y el cordón

Ví entrar á mi confesor,
 Que me dijo con amor:
 “La obra se va á concluir:
 “Ya que se le pudo abrir
 “Corona y cerquillo llano,
 “El Hábito Franciscano
 “Le traigo ansioso y cumplido,
 “Porque con él ya vestido
 “Le quiero en mis brazos ver
 “Todo lleno de placer.”
 Nada tuve que decir,
 Sino sólo *sucumbir*.
 El Hábito me vestí
 Y en un momento me ví
 Segunda vez Religioso.”¹

Este estilo deja transparente, que la conversión del pobre fraile, que tan sincera había sido al principio, comenzó á dejar de serlo bien pronto; que su victoria había sido momentánea, dejando malograrse la divina gracia que tan poderosamente le había llamado por medio de la enfermedad, y por el caritativo ministerio del santo y admirable apóstol de Izamal, Fray Manuel Martínez del Sacramento. Por lo demás, sépase que aquel desgraciado fraile, volvió á secularizarse años después. ¿Y quién podrá asegurar, que hubiese vuelto á recibir y utilizar en su

1. Acaso algunos, sin penetrarse bien de nuestro verdadero objeto, llevarán á mal la inserción que hacemos de estos versos: no los publicamos por mérito alguno literario, que ciertamente ninguno tienen, ni mucho menos los presentamos por el fin que su desgraciado autor se propusiera al escribirlos; sino únicamente como un documento histórico irrefragable de la diferencia esencial que hay entre el fraile bueno y el indigno. Así en el Evangelio se presenta la horrible pintura del apóstol traidor, como totalmente contraria á la de los apóstoles fieles. Por qué? Porque con esto se tapa la boca á los enemigos del clero, que apuntando al mal sacerdote, pretenden hacer de él el único tipo del hombre de Iglesia. Ellos se equivocan en verdad, porque los tipos son dos, así como hay dos ciudades: la de Dios y la del mundo.